ALUCINACION DE SALAMANCA

EN dónde estás, por dónde
te hallaré, sombra, sombra,
sombra...
Pisé las piedras,
las modelé con sol
y con tristeza. Supe
que había allí un secreto
de paz, un corazón
latiendo para mí.
Y qué serías, sombra,
sombra, sombra; qué nombre
serías, sombra. Y cómo
podías no ser vida,
no tener forma y nombre.
Sombra: bajo las piedras,
bajo tanta mudez
—dureza y levedad,
oro y hierba—, qué, quién
me solicita, qué
me dice, de qué modo
entenderlo... (No encuentro
las llaves.) Sombra, sombra,
sombra... Cómo entenderlo
y nacerlo...
De pronto,
deslumbradoramente,
el agua cristaliza
en diamante. Una súbita
revelación...

Azul:
en el azul estaba,

en la hoguera celeste,
en la pulpa del día,
la clave. Ahora recuerdo:
he vuelto a Italia. *Azul*
azul, azul; era ésa
la palabra (no *sombra,*
sombra, sombra.) Recuerdo
ya—con qué claridad—
lo que he soñado siempre
sin sospecharlo. He vuelto
a Italia, a la aventura
de la serenidad,
del equilibrio, de
la belleza, la gracia,
la medida...
Por estas
plazas que el sol desnuda
cada mañana, el alma
ha navegado, limpia
y ardiente. Pero dime,
azul (¿o hablo a la sombra?),
qué dimensión le prestas
a esta hora mía; quién
arrebató las alas
a la vida. Y quién fuí
que yo no sé. Quién fué
el que ha vivido instantes
que yo recuerdo ahora.
Qué alma mía, en qué cuerpo
que no era mío anduvo
por aquí, devanando
amor, entre oleadas
de piedra, entre oleadas
encendidas (las olas
rompían y embestían
contra torres cantiles...)

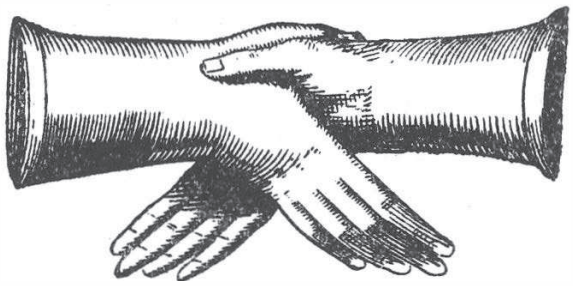
Entre oleadas... Olas...
Gris... Olas... Sombra... He vuelto
a olvidar la palabra
reveladora. Playas...
Olas... Sombra... Hubo algo

que era armonía, un sitio
donde estoy... (sombra, sombra,
sombra), donde no estoy.
No: la palabra no era
sombra. El fulgor del cielo,
la piedra rosa, han vuelto
a su mudez. Están
ante mí. Los contemplo,
y sin embargo ya
no están. El equilibrio,
la armonía, la gracia,
no están ya. Sombra, sombra...
(y tanta claridad).

Quién disipó el lugar
(el tiempo) que me daba
su sangre, el que escondía
el tiempo (o el lugar)
no vivido. Y por qué
recuerdo lo que ha sido
vivido por mi cuerpo
y mi alma...
Qué hace
aquí, por mi memoria,
este avión roto (un viejo
Junker, bajo la luna
de diciembre), la niebla,
la escarcha, aquel camino
hasta el silencio, aquella
mar que estaba anunciando
este mismo momento
que no es tampoco mío.

Quién sabe qué decían
las olas de esta piedra.
Quién sabe lo que habría
—antes—dicho esta piedra
si yo hubiese acertado
la palabra precisa
que pudo descuajarla
del futuro. Cuál era
—ayer—esa palabra

nunca dicha. Cuál es
esa palabra de hoy
que ha sido pronunciada,
que ha ardido al pronunciarla,
y que ha sido perdida
definitivamente.



JOSE HIERRO